

## ***Otras formas de ser hombre: repensar y construir las masculinidades igualitarias***

### **ESPACIOS DE POSIBILIDAD PARA REPENSAR LA MASCULINIDAD EN EL SIGLO XXI**

Si coincidimos en afirmar que el modelo de masculinidad tradicional que ha imperado durante años y que en cierta medida lo continua haciendo, pese a resquebrajamientos de sus débiles bases, se encuentra en entredicho y que muchos hombres de nuestra época y contexto cultural están desubicados y desplegando modelos erráticos (algunos reactivos) frente a la incertidumbre identitaria y existencial, emerge como necesario un planteamiento, aunque sea preliminar, abierto, dinámico y flexible sobre otras formas posibles de ser y estar como hombres en el mundo en este tiempo que nos ha tocado vivir.

Quizás quien de verdad está desarrollando esta tarea de una manera muy intensa es la gente del activismo desde diversos puntos del planeta, articulados fundamentalmente desde colectivos de hombres que bajo diferentes denominaciones (que se podrían sintetizar en el concepto de "igualitarios") tratan de ofrecer un debate público sobre nuevos modelos de masculinidad que superen al obsoleto hombre patriarcal.

Gracias al trabajo de estos colectivos y de algunos hombres que desde la academia, ciertas iniciativas e instituciones públicas o privadas y el ámbito profesional se dedican a la cuestión de lo que se ha venido a denominar "nuevas masculinidades" (aunque probablemente no sea la denominación más certera<sup>37</sup> y particularmente apostaría por otras

---

<sup>37</sup> En tanto que postula un debate entre lo "nuevo" y lo "viejo" que sitúa a lo nuevo como aparentemente mejor por definición. De ahí cierto poder de atracción en

formas de nombrar el cambio de la masculinidad como podría ser igualitaria, profeminista, alternativa, disidente, antipatriarcal, etc.) tenemos algunas cuestiones más o menos claras en la línea de por donde podrían ir estos modelos alternativos al cultural y mediáticamente hegemónico.

Utilizo habitualmente una serie de imágenes en mis talleres, charlas y conferencias que creo que resumen muy bien la esencia de este pretendido cambio. Precisamente procede de un trabajo fotográfico de un colectivo de hombres de Euskadi, *Piper Txuriak*<sup>38</sup> disponible en formato pdf *online* descargable desde su web. Lo recomiendo encarecidamente.

Además de que me parecen unas imágenes que muestran gran parte de lo que yo necesito transmitir en mis intervenciones, creo que son bonitas, que están hechas con las ideas muy claras y con pasión y emoción. No sé si cuando las revisen les parecerán muy revolucionarias, yo no sé tampoco si lo son, pero parece que por los tiempos que corren, todavía y en cierta medida puedan serlo. Simplemente hablan de otras formas de ejercer la masculinidad, de cuerpos de varones libres y en contacto, de romper las normas y los dictados del género, asumir emocionalmente los cuidados, la corresponsabilidad sincera y honesta, los caminos que construimos voluntariamente con nuestras compañeras existenciales, etc. Creo que en resumen y fundamentalmente de eso se trata.

Si bien, también puntualizaré que en varios trabajos sobre la masculinidad que de alguna manera utilizan la noción de “nuevas masculinidades” (que tiene cierto “gancho” desde el punto de vista de la publicidad o el *marketing* – todo lo supuestamente nuevo siempre parece

---

sentido del cambio social frente a modelos que se empiezan a percibir obsoletos (pero no necesariamente injustos). En el fondo, el problema es el contenido del cambio, más allá de la etiqueta, pero sí que es cierto que una etiqueta atrayente puede ser tramposa y confundir a gentes con buenas intenciones o generar espacios de confortabilidad y no de crítica (Sanfélix y Cascales, 2019). Considero más oportuno visibilizar en las denominaciones la orientación del cambio y mi apuesta pasa por intentar señalar la vocación “igualitaria”.

<sup>38</sup> <https://guindillasblancas.wordpress.com/>

tener particular poder de fascinación–) sin embargo, los contenidos en pocas ocasiones llegan a profundizar precisamente en qué consisten, o al menos podrían consistir, esas supuestas identidades rupturistas con el orden patriarcal. Nos seguimos centrando, porque es necesario, en la crítica del sistema de dominación masculina y la identidad que postula para los biológicamente varones, pero es necesario además empezar a generar espacios diversos de reflexión y creación colectiva de conocimiento que nos permitan dibujar tentativamente retratos de esas masculinidades igualitarias que puedan servir de referencia para aquellos hombres desnortados y especialmente para la gente más joven. Y no será fácil ni estará libre de polémicas. Pero habrá que hacerlo siempre partiendo desde la crítica y la complejidad y sin tabúes que limiten la reflexión, pero además desde la positividad de las implicaciones buenas que va a representar el cambio para los varones y para el conjunto de la sociedad. Y también y sobre todo desde un conocimiento lo más fundamentado posible sobre las realidades masculinas.

Dicho esto, en las próximas páginas la pretensión no es otra que mostrar una serie de ámbitos bastante generales desde los que habitualmente trabajo la construcción colectiva de las masculinidades igualitarias (desde su práctica existencial). En otros términos, y cómo suelo comentar en la descripción de la dinámica o actividad en los cursos o talleres, ¿qué podemos hacer los hombres en nuestro día a día, en nuestra vida cotidiana, para romper con el modelo tradicional y evolucionar hacia uno más igualitario?

Creo que es acertado pensarlo ya no desde el patriarcado como gran sistema de dominación, sino desde el punto de vista de cómo impregna nuestras realidades más ordinarias y cómo en estas esferas nuestro conocimiento, (auto)crítica y voluntad de cambio, partiendo siempre desde posiciones de asunción de la justicia social, van a permitir que comencemos a andar complejos y erráticos caminos de transición hacia algo más cercano al ideal feminista.

El camino, como vengo postulando, ni está claramente dibujado, ni será sencillo y además nos llevará tiempo. No es una fábrica precisamente de felicidad, al menos el ideal de felicidad contemporáneo y propio de los sistemas de dominación que sufrimos, pero será buscadamente justo, honesto y aunque no seamos conscientes me-

jorará nuestra vida, salud, relaciones y la de la gente que nos rodea. Y quizás también sirva de modelo (de esfuerzo transformador), de ejemplo para generaciones futuras a quienes con este cambio, al menos como yo lo entiendo, también les dejaremos un planeta más sostenible.

Con todas estas puntualizaciones vamos a desgranar esos ámbitos, perfectamente ampliables, reestructurables, desmontables, unificables, etc. Se trata solo de una propuesta particular de análisis de espacios potenciales de transformación de la masculinidad tradicional agrupados en ámbitos o ejes que uso personalmente en mi trabajo profesional sobre masculinidades. Una entra muchas otras.

### ***Ámbito doméstico***

Aunque a estas alturas hablar de corresponsabilidad respecto a las tareas domésticas tenga aparentemente poco o nada de transformador, lo bien cierto es que las encuestas de usos del tiempo nos siguen indicando que estamos muy lejos de la igualdad real en este aspecto.

Los hombres no pueden asumir que son corresponsables porque “ayudan” o participan de lo doméstico puntualmente. Las necesidades que supone el mantenimiento de un hogar en condiciones mínimas de habitabilidad cotidiana son responsabilidad de las personas que allí conviven, independientemente de la estructura familiar o de cohabitación, y por supuesto del sexo-género.

Por tanto, ya no valen actitudes tramposas, es hora de asumir desde la negociación y la empatía el reparto igualitario (no siempre ni necesariamente va a suponer un 50-50 y es necesario tener en cuenta realidades de precarización de lo laboral-personal del capitalismo actual) de las tareas domésticas, que a quien más afectan son a las gentes de las clases populares, puesto que los conflictos que este tema genera suelen desviarse mediante la contratación de personal externo (normalmente otras mujeres) entre las clases más acomodadas (González y Jurado-Guerrero, 2009). Nunca hay que olvidar cómo la clase social puede en muchas ocasiones condicionar nuestras realidades, también en las relaciones de género.

En los talleres en los institutos con la población adolescente, normalmente se aborda esta cuestión que todavía les queda relativamente lejos en el tiempo, pero mediante la cual tratamos de bajar a la especificidad no solo de lo que supone tener las destrezas y conocimientos sobre cómo limpiar un baño, planchar una camisa o poner la lavadora, sino yendo más allá y rompiendo con todas las lógicas normativas del patriarcado, (des)sexualizar las tareas, incluyendo las tradicionalmente consideradas masculinas en el ámbito doméstico (jardín, fontanería, electricidad, etc.) porque sobre todo para esta generación más joven, pero igualmente para todas y todos en general, esos conocimientos y habilidades son demandados para nuestra propia existencia (supervivencia) en trayectorias erráticas y flexibles que nos conducen a diferentes tipos de estructura familiar o de cohabitación a lo largo de nuestra vida. En palabras más planas, todas y todos debemos aprender a “sacarnos las castañas del fuego” frente a cualquier eventualidad cotidiana.

En el ámbito doméstico, además se pueden abordar algunas cuestiones que normalmente pasan desapercibidas, como por ejemplo el uso del espacio (que suele estar condicionado por el género) y su ocupación. Por poner ejemplos, ¿cómo se decide a qué se dedica esa habitación que “sobra”? ¿Cómo se negocian las visitas, fiestas, celebraciones o similares que se producen en casa? Sin duda, que igual que nos va a pasar con muchos de los ámbitos que pretendo mostrar, las fronteras son permeables y estas decisiones de lo doméstico en muchas ocasiones van a tener que ver también, por ejemplo, con lógicas relacionales de pareja, siempre en caso que este sea el formato familiar que habita el hogar.

### ***Relaciones de pareja (heterosexual) y sexualidad masculina***

Aunque son dos ámbitos de considerable extensión y complejidad, que incluso tienen identidad propia, normalmente los agrupo (entre otras cosas porque nunca tenemos suficiente tiempo como para trabajarlo todo con la necesaria profundidad en los talleres) y los abordamos de una manera concreta que afecta especialmente aunque no solo, a las generaciones adolescentes.

De partida hablo de heterosexualidad porque es ahí donde mejor se puede ver y realizar la crítica de los mecanismos de dominación y violencia de los hombres sobre las mujeres, sin que eso implique, obviamente, que no hayan otras formas de dominio y violencias entre parejas homosexuales, pero que yo particularmente y desde el ámbito profesional o científico no he tenido la ocasión de trabajar tan profundamente.

Hechas estas aclaraciones, y a pesar de que estos ámbitos darían para horas y horas de discusiones, lecturas, interpretaciones, etc., suelo centrar el análisis en elementos que son bastante recurrentes y que de hecho tanto yo particularmente en alguna ocasión como muchas otras compañeras y algún compañero de este mundo hemos trabajado de manera específica: los mitos del amor romántico y sus implicaciones<sup>39</sup>.

Aquí se puede trabajar de muchas formas, pero lo importante es la posibilidad de pensarnos relacionamente en el ámbito amoroso desde otros paradigmas más libres y lejos de concepciones basadas en el control, la posesión, los celos, etc., que desafortunadamente ya podemos considerar como formas de violencia, pero que además suelen evolucionar a formas más extremas, fundamentalmente de los chicos sobre las chicas, aunque las nuevas tecnologías, como relata parte del alumnado de alguno de mis talleres, también “incorporan” a muchas chicas adolescentes a estas formas tóxicas relacionales.

No obstante, las derivas que suelen tomar estas prácticas basadas en una forma nociva de entender el amor, no son iguales entre chicos y chicas y desafortunadamente la gente que nos movemos en estos espacios somos conscientes de casos extremadamente preocupantes de violencia de género en parejas (o no necesariamente) muy jóvenes.

---

<sup>39</sup> Sobre esta temática, aunque existe mucha literatura, destacaría algunas aportaciones que considero interesantes. Por una parte el trabajo de Coral Herrera (2011) *La construcción sociocultural del amor romántico* y por otra, el trabajo de Mari Cruz Pla Milán (2013) *Príncipes azules y Esclavas rosas: estereotipos de género y mitos sobre el amor romántico en la adolescencia. Implicación para la prevención de la violencia de género en parejas jóvenes*, ambas referenciadas en la bibliografía. También más recientemente en un capítulo de su libro publicado en 2019 (destinado a público juvenil), repasa esta cuestión Octavio Salazar.

Por tanto, respecto a lo amoroso, hay que luchar contra todo un imaginario cultural muy potente, transmitido y reproducido de manera intensa a través de películas, grandes narrativas y diferentes dispositivos mediáticos y culturales, frente a los que nuestro discurso a veces parece insuficiente. No obstante, debemos pensar que estamos sembrando semillas de crítica que algún día, seguro, tendrán efecto en aquellos y aquellas con los y las que reflexionamos colectivamente. Es el consuelo último al que nos agarramos los y las talleristas.

El segundo punto enunciado para este ámbito de abordaje de la crítica transformadora de la masculinidad es la sexualidad. Durante este libro se ha analizado ya la cuestión, especialmente desde el punto de vista de la prostitución, la pornografía y la sexualidad activa como mecanismo de demostración de la virilidad. Pues efectivamente, estos son los ámbitos sobre los que caber reflexionar de partida.

En otras palabras, poner el foco en los porqués de la necesidad compulsiva de tener relaciones sexuales, de cómo pensamos acríticamente las realidades de la prostitución, cómo normalizamos la pornografía aunque es una ficción reproductora de misoginia en muchas ocasiones como algo a introducir en nuestras relaciones sexuales, y sobre todo, cómo la experiencia de la sexualidad masculina acaba atrapada en una jaula limitada de presión, estrés y compulsividad por emular actitudes y rendimientos que no son reales y quizás ni tan solo deseables. Y sobre todo, y en demasiadas ocasiones, por “exhibir” la práctica sexual frente a los iguales para reclamar los puntos de validación que me tocan en ese carnet de masculinidad.

La sexualidad masculina es extremadamente limitada si la pensamos en términos patriarcales. Muy a menudo se centra más en el ejercicio del poder y la dominación como forma de excitación, que en el propio placer corporal de dos o más cuerpos que libre y voluntariamente deciden disfrutarse. Tiene una vocación coito-falocéntrica y además está sobre todo atravesada por las lógicas de los mitos y los tabúes de la sexualidad patriarcal: nos pensamos y creamos como (hiper)activos sexualmente, siempre deseantes de mujeres y de sexo, sin derecho a “no tener ganas”, víctimas de nuestro propio discurso megalómano sobre nuestras capacidades sexuales, casi siempre discurso que emana de lo temeroso de la masculinidad frente a una sexualidad

femenina que se ha concebido como más completa y compleja, aunque esto último no se diga.

Así, en este punto es importante una apertura de miras que nos permita generar espacios ya no de práctica sexual *stricto sensu*, que sería lo deseable, por supuesto, sino de reconversión del espacio discursivo de los iguales<sup>40</sup> para, permítanme la expresión, que este sea penetrado por relatos de vulnerabilidad, miedos, dudas y malas o buenas experiencias que nos abran la puerta a conversaciones entre los pares que puedan entenderse como un espacio de confortabilidad. Lugares donde romper con las perversiones y los tabúes, es decir, en última instancia, sentirnos libres para hablarnos y aprendernos la sexualidad desde el respeto y el disfrute.

En conclusión, los hombres no somos máquinas sexuales ni debemos serlo, sino que debemos aprender a disfrutar la sexualidad desde posicionamientos más flexibles y libres de las influencias de una masculinidad que nos encorseta y convierte nuestra experiencia sexual en una cuestión de depredación más que un espacio de goce relacional y/o personal.

### **Grupo de iguales y lenguaje**

No incidiré mucho en la crítica de los iguales en tanto que espacio reproductor-intensificador de nuestras actitudes y discursos machistas, puesto que previamente ya se ha profundizado en el tema. A pesar de esto, y como cualquier otra herramienta, el grupo de pares, al me-

---

<sup>40</sup> Cuando incido en este punto en los iguales, como se verá a continuación, es por pensar la reconversión de este grupo que hemos definido como "lugar" potencial de la resistencia masculina. Es decir, resignificar este espacio, quizás como estrategia transitoria. Sin embargo, considero que una de las experiencias de aprendizaje y deconstrucción de la sexualidad masculina hegemónica más destacable es tener la posibilidad de hablar abiertamente sobre sexualidad con amigas. En otras palabras, la existencia en las trayectorias vitales masculinas de espacios relacionales de amistad con mujeres que les(nos) permitan conocerse mejor y romper con mitos sobre diversas cuestiones que rodean a la sexualidad humana. Los chicos necesitan amigas con las que poder hablar de todo.

nos guarda en sí mismo toda la potencialidad, aunque sea de manera transitoria, para convertirse en un espacio de ruptura de esas lógicas y favorecer discursos y potenciar prácticas igualitarias. Pero por supuesto que no es una cuestión nada sencilla, como se podrá deducir después de todo lo dicho.

En cualquier caso, básicamente se trata de abordar las dinámicas perversas que se dan en el sí de estos grupos, para favorecer otras actitudes. Romper con la lógica de la competitividad mal entendida, de la asunción de riesgos innecesarios y de los silencios cómplices. Hay que ser valientes, pero sobre todo estrategias para dinamitar las perversiones que configuran al grupo, y de las que nosotros, como parte formante, es decir, aquellos hombres que siempre vamos a tener tiempos de nuestra vida en espacios reales o "virtuales" de los iguales, somos reproductores, pero también posibles transformadores.

Sin duda, será necesario revisar nuestro lenguaje, de partida ya pensado con estructuras tramposas a diversos niveles que condicionan nuestra propia forma de entender y posicionarnos en el mundo. No me refiero solo a la cuestión necesaria del lenguaje no sexista o inclusivo, sino a determinadas formas de hablar desde un discurso machista. Aquí se podría hacer la crítica de la banalización de determinados mecanismos muy arraigados en nuestra cultura popular: chistes, ahora revestidos de modernidad en forma de *meme* o vídeo cómico de *Youtube*, canciones o los ya comentados contenidos pornográficos. En muchos de ellos vamos a encontrar una reproducción del machismo que pasa desapercibida, pero que es necesario contrarrestar. También los chistes o bromas sexistas que atentan contra los propios hombres en función de estereotipos vinculados a la masculinidad o aquellos que tratan de ridiculizar al disidente.

Relacionándolo con el punto anterior, la sexualidad, ya hemos advertido de la necesidad del cambio y sus potencialidades. Pero, ¿cómo hablan habitualmente los grupos de iguales sobre las chicas en su dimensión sexual? No se trata de no hablar, sino de romper, como ya he señalado, con esa aparente necesidad de describir con exactitud y cierto tono jocoso tu última conquista sexual. Como comentaba hace años un conocido humorista sobre una situación en la barra de un bar, él mismo se estaba empezando a cansar de ser "follador pasivo". Efecti-

vamente, había tenido la “suerte” de coincidir con dos chicos que muy proactivamente gesticulaban y relataban a viva voz sus hazañas sexuales del último fin de semana. Esas son precisamente las actitudes sobre las que nos debemos repensar.

Por último, en este apartado sí que considero importante destacar una cuestión que tiene su parte buena. Algunos elementos de la masculinidad, que no necesariamente son “nuevos”, creo pueden ser rescatados como positivos. Quiero creer que hay cosas en nuestras trayectorias como hombres en versión tradicional, que más allá de los condicionantes del género y sus perversiones, han sido y son buenas en nuestro desarrollo personal y relacional. Me refiero a la denominada camaradería o la confraternidad, el compadreo, en definitiva, ciertos mecanismos de relación entre los pares que en las vidas de los varones has sido puntos de reconocimiento y soporte en algunas ocasiones. Aunque obviamente no siempre y no en las condiciones más idóneas, la necesidad de lo grupal para la reproducción de un modelo de masculinidad, también puede entenderse desde otro punto de vista. Al menos se pueden intentar reaprovechar esas potencialmente cosas buenas, porque no siempre lo hemos hecho.

### ***Cuidado del propio cuerpo y cuidado de las personas dependientes***

Se ha mostrado a lo largo de estas páginas la cultura masculina respecto al propio cuerpo. Los estudios y cifras que relacionan salud, género y masculinidad (de Keijzer, 1997, 2001; Organización Panamericana de la Salud, 2019) nos muestran de qué manera los dictados de la masculinidad patriarcal tienen un impacto sobre nuestro cuerpo a escala global.

Acostumbra a señalarse en algunos textos sobre la identidad masculina cómo los hombres, por ejemplo, van menos al médico (Cebrián y Quero, 2012, p. 14), y además, cómo como consecuencia del no cuidado del propio cuerpo, en definitiva de su salud, determinadas prácticas asociadas a una mala alimentación o al consumo de alcohol o tabaco, entre otras, acaban derivando en enfermedades que les conducen a muertes prematuras.

Además, muchos hombres tampoco son conscientes o aunque lo sean lo desoyen, de consejos de prevención de riesgos en el ámbito laboral, por ejemplo, o asumen prácticas de riesgo estrechamente vinculadas con repercusiones sobre la corporalidad y la salud, algunas de las cuales se han abordado en apartados anteriores.

Lo que está claro es que la masculinidad condiciona nuestra vida, de hecho, reduce nuestra esperanza de vida. Así que los hombres debemos aprender a concebir el cuerpo desde otro paradigma que reconozca la necesidad de su cuidado y su vulnerabilidad. Los varones no somos ni debemos ser máquinas compulsivas en lo sexual, lo laboral, en lo deportivo o en el mundo del ocio, porque nuestro cuerpo reclama de cuidados que lo devuelvan a lo humano.

Introduzco esto en primer lugar puesto que si queremos pensar los cuidados en un sentido amplio, obviamente y de manera ineludible estos pasan por que los hombres sean capaces y conscientes de la importancia del cuidado de uno mismo. Entre otras cuestiones, porque normalmente cuando no los asumimos como varones los delegamos en las mujeres de nuestro entorno. Y eso, supone nuevamente apropiarnos de los tiempos de las mujeres.

Si somos capaces de ser autosuficientes en el cuidado de nuestro cuerpo estaremos, sin duda, en mejor posición para poder abordar las atenciones que requieren otras personas dependientes de nuestro entorno familiar o comunitario.

Las cifras son muy claras en esta línea. Los hombres no participan de esta esfera de lo social de una manera activa porque socioculturalmente el patriarcado asigna esas tareas a las mujeres. Si bien estamos asistiendo a ciertos cambios respecto a paternidad, corresponsabilidad doméstica, etc., aunque sean superficiales o minoritarios, sin embargo en el mundo tan necesario del cuidado de personas mayores, enfermas, etc., y ya no solo en situaciones de vulnerabilidad extrema, sino es situaciones de soledad y necesidad de compañía, los varones no estamos participando y creo que por el tipo de sociedad que viene (o quizás ya está aquí), por justicia social, por no seguir usurpando tiempos de las mujeres y porque aunque sea un espacio duro también es un espacio para las emociones, los hombres tenemos la obligación histórica de estar presentes de una manera activa en estos ámbitos comunitarios (también profesionales)

que nos reclaman. Y deberemos aprender a estar y a cuidar, porque ni es fácil ni sencillo y nadie nos prepara para ello.

También será necesario que cambien mucho los patrones culturales para que esto sea posible, pero sobre todo necesitamos la voluntad manifiesta y los referentes masculinos que vayan abriendo brecha en este sentido, porque continúa siendo poco usual y además muy difícil que a los varones que pretenden cuidar, aunque sean pocos, se les facilite la opción de la conciliación, puesto que como es bien sabido y aunque sea una trampa, la conciliación está pensada en clave femenina y los hombres nos tendremos que luchar nuestros derechos<sup>41</sup>.

Cerrando este punto, que creo que es uno de los más significativos que puede denotar un cambio en las esencias del modelo de masculinidad, los hombres socializados en patrones ajenos a los entornos y prácticas del cuidado, necesitamos repensarnos y educar a las generaciones futuras de una manera proactiva en la importancia de estos. Eso, sin duda, ayudará no solo a cambiar la masculinidad, sino también a consolidar una de las ideas más bonitas del feminismo contemporáneo que apuesta por volver a poner la vida en el centro.

## **Paternidad**

Hay muchas cosas ya escritas desde la crítica pero buscando lo positivo en relación con el hecho de ser padre de cara a la construcción de

---

<sup>41</sup> Aunque está más estrechamente vinculado con el tema de la paternidad (permisos) creo que el ejemplo de la PPiiNA (<https://igualeseintransferibles.org/>) *Plataforma por Permisos Iguales e Intransferibles de Nacimiento y Adopción* es un modelo de espacio de lucha mixto que ejemplifica la reivindicación por una política pública que beneficia a ambos sexos pero que tiene especial incidencia en la cuestión de la implicación de los hombres en los cuidados, en este caso como padres. Su lucha, en la que también participan los varones, después de años y esfuerzo ha conseguido alcanzar de alguna manera sus objetivos, puesto que actualmente estamos en proceso de igualación de los permisos de parentalidad para madres y padres en el caso español. El cambio cultural para que los hombres vean reconocidos sus derechos de conciliación de facto y no se les considere ajenos a estos mundos es una cuestión que reclama de movilización que con el tiempo puede obtener sus objetivos y generar resultados positivos para la transformación de la masculinidad.

paternidades disidentes con el orden patriarcal. En este sentido, los compañeros Octavio Salazar (2013, 2017) y Ritxar Bacete (2017) hacen aportaciones muy clarificadoras y creo merecen toda nuestra atención. En esta misma línea, hay también investigaciones o trabajos empíricos sobre la cuestión ciertamente interesantes (Abril, 2015; Abril et al, 2019 García Sainz (ed.), 2019) y que profundizan en diferentes aspectos a tener en consideración sobre las experiencias de paternidad contemporáneas.

Por otra parte, y yendo más directamente al grano, la paternidad, entendida como una concreción con idiosincrasia propia del ámbito de los cuidados, es un espacio potencialmente creador de prácticas masculinas más coherentes con discursos igualitarios. Eso sí, no caigamos en la trampa de mistificar la paternidad como espacio único por el que ineludiblemente deban pasar todos los “hombres igualitarios”. No todos los varones quieren ni van a ser padres, y eso no les excluye de la posibilidad de constituir un modelo de masculinidad alternativo al patriarcal, puesto que aunque no lo hagan de una manera tan directa, igualmente participarán de la educación en igualdad de las generaciones jóvenes o en cualquier caso, potenciarán otros elementos igual o más relevantes en el contexto de las prácticas igualitarias.

Aclarado este importante matiz, si los varones se implican en los cuidados de hijos e hijas de una manera activa, este espacio-tiempo en la trayectoria vital masculina puede devenir un potenciador de la empatía, la ternura, y un sinfín de emociones de todo tipo y color que permiten que los hombres comprendamos mejor estos momentos vitales tan fundamentales e históricamente feminizados.

Por llevarlo a la cotidianidad y siendo consciente de los discursos de por ejemplo los y las docentes<sup>42</sup> quienes todavía señalan cómo son las madres quienes fundamentalmente se implican en la cuestión educativa, sin embargo es precisamente en esos lugares de lo social y lo cotidiano donde se reclama la implicación y presencia activa masculina.

---

<sup>42</sup> En alguna de las pocas ocasiones en las que he tenido ocasión de trabajar con madres/padres a través de un taller en centros educativos sobre masculinidades igualitarias, me he enfrentado a la triste realidad de la ausencia total de padres varones entre el, por otra parte, escaso público asistente. Cuestión bastante clarificadora en este sentido.

Es decir, la paternidad creo que hay que asumirla como mínimo desde dos enfoques que es necesario clarificar y que son complementarios:

- Por una parte desde la responsabilidad que implica la crianza y educación de un hijo o hija, digamos, desde la parte más ordinaria. Es decir, implicándose de manera (pro)activa y luchando contra las estructuras socioculturales de todo tipo que lo van a dificultar para poder asistir y participar de situaciones tan dispares como: llevar-recoger del colegio, asistir a la reunión del AMPA o a reuniones con el tutor o la tutora, acompañarles en las actividades extraescolares que lo requieran, comprar ropa y cualquier elemento que demande la cotidianidad del niño o la niña (y también se puede acompañar durante la adolescencia, por ejemplo, de compras, de viaje, etc.), ayudarles con los deberes, cambiar pañales, dar biberones, llevarles al médico y llevar el seguimiento de sus necesidades de salud, preocuparse por su alimentación (compra y cocina) y un larguísimo etcétera que conocen bien las madres y esos padres implicados que tratan de desarrollar una paternidad positiva.
- Desde las emociones y la concepción de la paternidad como un espacio para el disfrute y la realización personal. Es decir, desde la implicación emocional en la crianza y cuidado del hijo o la hija. Desde la creación de vínculos emocionales desde el principio que permitan el desarrollo de una relación sana y donde se puede hablar de todo, hasta la capacidad de empatizar con los diferentes momentos vitales de hijas e hijos y el desarrollo de cierta escucha activa en momentos de necesidad. Pero sobre todo, y desde el punto de vista del propio hombre, del padre, y pese al gran reto y la complejidad que supone lo que voy a proponer en este momento líquido de nuestra historia, debemos luchar y aprender a poder disfrutar de los tiempos y los espacios con nuestros hijos e hijas y dejar que sean atravesados por las emociones, sin que una vez más el bautizo de masculinidad patriarcal a través de lo performativo de “los chicos no lloran” nos condicione en la muestra pública de expresiones de ternura o de lágrimas de impotencia rabiosa cuando no se sabe qué hacer frente al lloro descontrolado de nuestro hijo o hija.

Llegados a este punto, y dando por cerrado el pequeño esbozo de los ámbitos fundamentales en los que considero se podría empezar a trabajar en la construcción de prácticas positivas de masculinidades igualitarias en la cotidianidad, creo que, para que no quede nada en el tintero ni se malinterprete, cabe matizar alguna cuestión que considero central en este trabajo colectivo, que aunque he intentado llevar al terreno de lo ordinario, obviamente tiene otras implicaciones relacionadas con lo estructural y el poder.

Trataré de resumirlas brevemente. En primer lugar, los hombres hemos de aprender a identificar y a renunciar en la medida de lo posible de los privilegios que todavía nos otorga el patriarcado. Gran parte de lo abordado a través de la crítica y las propuestas de prácticas contra-hegemónicas en estos ámbitos mostrados pretende ir precisamente en esa línea. Pero, obviamente, es mucho más complejo que todo eso. Aunque transformaciones en la línea de lo propuesto ya supondrían un principio bastante efectivo. Les invito a hacer un esbozo mental del perfil de hombre que quedaría si fuéramos capaces de implementar en nuestra cotidianidad estos cambios; seguro que les resultará productivo ese ejercicio de imaginación que les llevará a otro mundo posible.

En segundo lugar, las emociones deben aparecer no como eje propio, sino de manera transversal en todos y cada uno de los ámbitos. El cambio en la masculinidad hacia posiciones igualitarias pasa necesariamente por recuperar aquello de lo humano que el patriarcado mediante un arduo trabajo de conocimientos y desconocimientos nos ha arrebatado. Los hombres también debemos llorar.

Creo, además, que otra cuestión fundamental en todo esto es cómo esos pretendidos hombres igualitarios en construcción vamos a ser capaces de convertirnos en referentes positivos y sobre todo tener la habilidad, los recursos, las estrategias, el soporte y la fuerza necesarios como para educar en igualdad a las futuras generaciones. Es una de nuestras grandes deudas y nuestros grandes retos. Y es posible si lo hacemos rompiendo con el androcentrismo y ejemplificando los valores de la igualdad, la corresponsabilidad, la implicación en los cuidados, etc., que hemos ido desgranando. Estoy seguro de que tendremos el apoyo y confianza de nuestras compañeras feministas.